PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre de 1922. N.° 52 — Año VII.

INVOCACION

(De M. E. Vaz Ferreira).

Oh noche embriagadora
Hecha de soledad y de desesperanza,
Que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
Sobre la tierra ardiente en quietud derramada...

Noche de las delicias mudas y negativas
De que gozan los muertos vivos como fantasmas,
Abrochando en la sombra su carnal vestidura
Marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
Perdón de penitentes que nunca hicieron nada,
Más que cargar a solas el pesado madero
Sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día
Para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
Cuando las ondas vivas su vibración aquietan
Bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
El numen secular su inspiración levanta,
Del fondo de los tiempos para siempre extinguidos

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda
Al que doró su tienda con oro de esperanza,
Pero yo sé que sabes con amorosa ciencia
Tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
La rúbrica del "Fin", está en tu oscura mancha,
Aunque a besarte vengan en su carros sonoros
Con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
Relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
Un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
Y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los beneditos que todavía sueñan
Tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
Y a mí, que te deseo inextinguible y única
Dame la eternidad de tu silencio, oh Hermana!

ALFREDO CAPUS

Estaba en plena producción, con sus 64 años de edad, cuando nos sorprendió la noticia de su muerte. Sus artículos sobre temas de actualidad aparecían de un modo ininterrumpido, llenos de su curioso espíritu de observación y de crítica. No hace mucho estrenaba "La Traversée", inspirada en una dolorosa situación provocada por la guerra actual. Es, pues, un espíritu joven y que se renovaba el que desaparece.

Sus actividades se manifestaron como autor teatral, como novelista y como periodista. En los tres órdenes de actividades, aparecían el mismo criterio sobre la vida y el mismo sereno optimismo. Era la buena y sana lógica del espíritu francés, tan lleno de sutil ingenio, observador exacto de la realidad, sin complacerse en mirar el lado grosero de las cosas. Podría decirse que triunfó en su vida el buen sentido, sin extravagancias ni vulgaridades, que toma de la vida sólo el aspecto sonriente.

Es, por eso, que en el teatro de Capus, hay siempre una buena solución para todos los conflictos y todo se arregla bien, a pesar de la extraña situación en que suelen encontrarse sus personajes.

Es ese sano optimismo el que inspira sus obras maestras: "La Veine", "Brignol et sa fille", "Les deux écoles", "L'Oiseau blessé", etc.

Contrasta singularmente este teatro hecho honradamente para poner un poco de buen humor en los espíritus, sin descender jamás a la farsa o al "vaudeville", con las obras de sus contemporáneos torturados

por graves y trascendentales problemas y deseosos de dejar una áspera impresión en sus espectadores. Ni el teatro-conferencia de Brieux, planteando en cada obra un problema de moral o de sociología, ni los graves conflictos psicológicos de Hervieux o Porto Riche, y mucho menos la agria producción de Bataille, escritas con el intento provocativo de producir una reacción contra ellas.

Jamás escribió Capus una obra con el intento de producir agitaciones febriles o combativas, o para dejar dolorosa impresión a los hombres, y en ese sentido era una verdadera excepción en todo el teatro francés moderno, salvo quizás la de aquellos que francamente intentaron hacer reir como Tristán Bernard, por ejemplo.

Era Capus, de este modo, un producto de la buena tradición francesa de la musa alegre sin ser grosera, la de la bonhomía y el buen espíritu optimista y chispeante, el mismo criterio que a través del tiempo hace tan encantadoras las obras de Marivaux y Beaumarchais. Capus, como éstos, quiso hacer del teatro una buena diversión que elevara el espíritu. Quizás falten en su obra las creaciones que perduran, pero la realizó con buena intención.

Solamente en sus últimos tiempos la guerra hizo concebir la esperanza de que renovaría el teatro, como había renovado la vida, poniendo la tragedia en todos los espíritus. Y Capus, intérprete hasta en eso del espíritu de su pueblo, con más de sesenta años, intenta renovar también sus procedimientos de escritor y surge esa dolorosa "La Traversée", que junto con "Helène Ardouin", son las únicas obras que toman un poco de la tristeza y fatalidad de la vida. La muerte no permite que se sepa si esa tendencia persistiría.

Correspondía este homenaje de PEGASO a ese escritor de sanos propósitos realizados con brillo.

FRUTAL

(*Del libro en preparación: "Frutal"*).

Mis dedos se perfuman con manojos de fresas
Y mis labios se embriagan en un zumo frutal...
Obstinada y golosa he llegado a la huerta,
A juntar piñas moras bajo el fresco pinar.

Con medallas de almendras esmalté un aderezo
E hice rubias pulseras de cristal de arazá;
Me he perdido en la senda de ciruelos bermejos
Y he cortado racimos por el viejo parral.

Y luego, en el embruje de inmensos cocoteros,
Escanciando en un coco el nevado licor,
He besado a mis hijos,—que los traigo muy prietos,—
En sus caras redondas de manzana en sazón.

Y, así plena y colmada, acosada de mieles,
Con mis frutos de carne ¡me he tendido a soñar...!
¡Soy la rama opulenta que da angustias a "Ceres"...!
—Y en mis labios de nuevo... ¡vive el zumo frutal...!—

M. C. IZCUA BARBAT DE MUÑOZ XIMÉNEZ.

Montevideo, Noviembre-1922.

UN BUEN AMIGO

Sambra luchaba como un condenado para ganarse el pan.

Antes de tomar aquel vagón que le condujo de provincias a la capital, entre lingeras y ladrones de oportunidad, Sambra no renegaba mucho de su existencia. La vida le era fácil y todos le querían. Hasta se permitía el lujo de ser bueno.

Cuando llegó a la capital, fué a casa de Pérez, un amigo de la infancia, que capataceaba una cuadrilla del ferrocarril. Le halló distinto. Ahora era Pérez todo un mayordomo, con su horario de trabajo, sus días de descanso y su traje dominguero... Supo más tarde que mantenía una mujer bonita y haragana.

Sambra consiguió trabajo y pudo acomodarse con Pérez. Muy pronto hizo amistades y se captó simpatías. Los amigos de Pérez fueron sus amigos, y les quiso mucho. Pérez oyó las ponderaciones que hacían de Sambra:

—Es un buen amigo, un gran compañero... Se puede confiar en Sambra cualquier cosa... No cree en la maldad de nadie... ¡Qué gran corazón!

Regresaban de la taberna, en la cual Pérez era muy considerado; y, aquellas palabras, pareciéranle que le honraban también a él. Sambra era su huésped y habíanse criado juntos...

A veces la inexperiencia del recién llegado, choca-

ba con la picardía de los demás trabajadores, pero Sambra era lo suficientemente "vivo" para evitar que le tomasen el pelo.

Frente a frente, la vida y Sambra, se entendían a medias. El nuevo trabajador de ciudad, no comprendía la razón de ciertos egoísmos y de alguna miseria moral que observó.

—Estarán ebrios, solamente así se explican esas maldades... — se dijo.

Y, a cada accidente por el estilo, ponía su razonamiento primitivo e ingenuo.

Poco a poco fué aprendiendo a vivir entre los obreros de la ciudad. Víctima, en muchas oportunidades, de pechazos y préstamos ilevantables, se le fué considerando como el mejor amigo, el más servicial y fiel compañero en los malos trances.

Estalló una huelga y las cosas cambiaron. La lucha se hizo tenaz y terrible. Fué despedido de la cuadrilla en la que trabajaba y la miseria comenzó a gastar las suelas de sus botines.

Con todo, Sambra conservaba el buen corazón de siempre, dadivoso y amable; y la íntima satisfacción de saberse querido por todos.

La miseria fué cerrando el círculo de las posibilidades, hasta el punto de agriar el carácter bondadoso de Sambra.

Un día, alguien le pidió diez centavos para ir a la botica por un remedio:

—Me faltan diez, Sambra, y mi madre necesita el remedio esta noche sin falta. Vos, que sos bueno...

Se los dió, pero estuvo a punto de negarlos. Preocupado pasó un cuarto de hora y no pudo explicarse aquel impulso de negar los diez centavos. Sin ellos, su suerte era más o menos la misma y desprendiéndose de los diez centavos, salvaba quizás la suerte de la infeliz mujer... Pero era poco razonamiento pa-

ra convencerse en seguida... y se horrorizó de que fuese poco aquel argumento para deshacerse de diez miserables centavos... Lo peor del caso, era su convencimiento de que no los había dado por hacer una caridad, sino para evitarse un reproche de la conciencia.

Vinieron días peores. Para mayor desgracia, Pérez cae enfermo de gravedad con un mal incurable. En el lecho, Pérez parecía otro, así, tan cercano a la muerte como lo hacía Sambra.

—Debes ir a ocupar mi puesto, Sambra — le dijo Pérez. — Te arreglas un poco, te pones mi traje de trabajo y listo... Hay poco que trabajar allí, siempre que los fletes sigan caros...

Sambra se puso el traje de Pérez, el sombrero, los zapatos y concurrió al trabajo. Trabajó todo el día y por la noche regresó a casa del amigo para enterarle de la jornada.

—No es pesado el trabajo, pero son muy haraganes los demás. Malas gentes parecen...

Como había pasado hambre los días anteriores, se sentía rendido de cansancio, pero resistió hasta media noche atendiendo a Pérez.

—¡Qué buen amigo sos! Si todos fuesen así, las cosas de los trabajadores andarían mejor.

Sambra repartió el jornal con Pérez, aunque éste no quería tomarle más que una cuarta parte.

Al día siguiente, el médico le aseguró que Pérez saldría del trance muy pronto. La enfermedad tomaba carácter leve y mediante un tratamiento riguroso, Pérez estaría curado.

Por la cabeza de Sambra cruzó una idea que ensució sus horas... Cuando le dijeron que la enfermedad era incurable, una extraña alegría envenenó su sangre... Ahora, al oir la sentencia del médico, era otra emoción la suya. Una idea arañaba su cráneo y

no se atrevía, o no podía precisar su intención. Se tornó hosco y huraño. Entraba de mal humor al cuarto de Pérez y miraba a todos con desconfianza.

Pérez sanaría... Y él: ¿qué haría entonces? Con el jornal que sacaba de la suplencia de Pérez, había prometido muchas cosas a una planchadora joven y bonita... Pero, si Pérez volvía al trabajo, ¿qué sería de su mujer y de sus proyectos? Ahora, que estaba a un paso de ser feliz, querido por todos como el mejor amigo, ¿qué sería de él si Pérez volvía al trabajo?... Que Pérez no muriese, estaba bien, era justo, era de desear... pero que volviese al trabajo, eso sí no era justo, pues significaba su vuelta a la miseria... Pérez no podía protegerlo. Bastante tenía con su mujer, y le habían asegurado que estaba para dar a luz. El sueldo no daba para más.

La última noche que entró en el cuarto, Pérez le tendió la mano y volvió a repetirle:

—¡Qué buen amigo! Todos dicen lo mismo!

Sambra le miró y halló su rostro mejorado. Indudablemente mejoraba, no cabía duda... y no habría de morir...

Una idea arañó su cráneo y le hizo salir de la pieza. Se sentó en el patio de la casa y le vinieron ganas de soñar despierto. Soñó en sus días futuros, en una casa, con su mujer, la planchadora bonita, a la que prometiera un sinnúmero de dichas, y en la suerte de la ciudad, tan distinta a la del campo.

Bruscamente, pensó después en la miseria y en los malos días de hambre y de zozobra...

Volvió al cuarto de Pérez. Los dos hombres se miraron sin comprenderse. Sambra recorrió con la vista toda la pieza y salió sin decir palabra.

Camino de su casa, volvió a pensar en la miseria. Andando, terminó por pensar en la muerte y una idea cruzó arañando su cráneo. Ya tenía clavada la espi-

na de la maldad. Anduvo. Cruzó barrios de obreros, vió caras miserables, bocas hambrientas, manos inútiles para ganarse el pan. El cuadro le amedrentó y se dijo:

—Si muere Pérez, le voy a suceder.

Después, deseó que Pérez muriese. Lo deseó mucho.

Cuando volvió a ver a su mujer, y a prometerle dichas y holgura, estaba convencido que Pérez moriría al día siguiente...

Y, al día siguiente, Pérez amaneció muerto. Supo la noticia al cruzar el umbral de la casa en que vivía su amigo de la infancia. La casera se acercó y le dijo en voz muy baja:

—Dejó una carta para usted. Ahí la tiene sobre la mesa.

Abrió la carta. Era muy cariñosa, llena de afectos. Le pedía que se hiciese cargo de su mujer, por un tiempo y que trabajase con suerte. Terminaba con un abrazo para "el buen amigo de todos"...

Sambra guardó la carta. Estaba convencido de que su deseo había asesinado al amigo. Con todo, ni lagrimeó, ni sintió pena... Antes, se enternecía por cualquier cosa. Era un tonto...

No recordó para nada, la mañana aquella cuando subió al vagón de carga — entre lingeras y forajidos — para venir a la ciudad. Estaba conforme, no tenía necesidad de pensar en el campo, ni en su pueblo. Era un obrero de la ciudad...

Se juntó con la planchadora y cambió de barrio. Se fueron a vivir lejos... Aquellos lugares eran malsanos. Por allí rondaba la miseria...

ENRIQUE M. AMORÍM.

«Amorím», a publicarse.

LA CUNA

Para *Constancio C. Vigil.*

Si yo supiera de qué selva vino
El árbol vigoroso que dió el cedro
Para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
Bajo qué brisas fué creciendo lento,
El árbol que nació con el destino
De ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
Una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
Blanca y pequeña como un lindo cesto.
Pero hubo un cedro que nació hace años,
Con el sino de ser para mi hijo,
Y preferí la de madera rica
Con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo,
Yo me doy a forjar bellas historias:
Quizás bajo su copa una cobriza
Madre, venía a amamantar su niño
Todas las tardecitas a la hora
En que este cedro amparador de nidos,
Se llenaba de pájaros con sueño,
De música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido!
¡Tan fuerte contra el viento y la borrasca,
Que jamás el granizo le hizo mella
Ni nunca el cierzo doblegó sus ramas!

El, en las primaveras, retoñaba
Primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
Con su gran tronco y su ramaje amplio.

. . . . . .

Arbol inmenso que te hiciste humilde
Para acunar a un niño entre tus gajos:
Has de mecer los hijos de mis hijos.
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!

JUANA DE IBARBOUROU.

BILBAO Y LAMENNAIS

En la primera quincena del mes que acaba de terminar, los admiradores de Felicité de Lamennais, conmemoraron con una peregrinación a Bretaña, el país de su cuna, el 140 aniversario de su nacimiento... El abate F. Duine, limosnero del Liceo de Rennes, le dedicó larga biografía en un volumen de trescientas ochenta páginas. Acaso en nuestra América nadie se ocupa ya de aquel que llamara al chileno Francisco Bilbao su hijo, a ese mismo Bilbao que dió nombre al primer centro de propaganda liberal en el Uruguay y cuya elocuencia se hizo sentir hondamente en Santiago, en Lima y en Buenos Aires.

Sin embargo, el recuerdo del filósofo rebelde debe también perdurar entre los naturales de Hispanoamérica, consecuentes admiradores de los movimientos revolucionarios franceses de 1789 y de 1848. La reacción, que para esas dos fechas se creyó abatida para siempre, intenta hoy levantar cabeza y sus bien organizados centros no apartan sus ojos de las tierras llenas de porvenir heredadas de nuestros antepasados. Tenemos, pues, que velar por el mantenimiento de una tradición que nos honra y, en consecuencia, no debemos perder la oportunidad de rendir homenaje a los pensadores cuya obra contribuyó en buena parte a arraigar en nosotros ideas avanzadas y humanitarias.

"Era niño — confiesa Bilbao — cuando por primera vez supe quién era Lamennais. Salía del colegio en una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo: he aquí, Francisco, lo que te conviene; era "El libro del Pueblo", de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra y desde entonces la luz primitiva que fecundó la "Araucana" de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del Republicanismo eterno, que recibí de mi patria independiente y con la palabra de mi padre". (1)

Con la revelación científica que el pensador chileno menciona nació su ideal democrático, por el que sufrió cárcel y persecuciones. Lo mismo que su padre espiritual. En sus tierras respectivas, los dos, Lamennais y Bilbao, conocieron el goce de la popularidad surgida de un apostolado y los sinsabores peculiares a los propagandistas expuestos a las veleidades de las muchedumbres y a las maniobras de los directores de multitudes.

Del Lamennais más papista que el pontífice de Roma, del Lamennais del *Ensayo sobre la Indiferencia*, no se enamoró Bilbao sino del Lamennais cristiano de las *Palabras de un Creyente* y de *El libro del Pueblo*. Fueron aquellas palabras reveladoras las que inspiraron al ideólogo americano su panfleto la *Sociabilidad Chilena*, caído como aerolito sobre un país en donde una oligarquía poderosa no perdonó al autor tamaña audacia.

Es la *Sociabilidad Chilena*, la profesión de fe de un joven ardoroso de veintiún años influenciado por las lecturas de Lamennais y dueño de un estilo conciso

(1) F. Bilbao, "Obras completas", (Tomo I, pág. 123).

y sonoro, raro en su época. Al presente, aquel escrito ofrece sólo un interés histórico. El prueba, una vez más, la enorme influencia ejercida en nuestra América por los intelectuales franceses, especialmente por aquellos que, aún traicionando su origen, se elevaron a las regiones más altas del pensamiento, por arriba de los límites estrechos de la patria, a la que mejor sirvieron buscando ser útiles a toda la Humanidad. Y aquí es de recordarse que aquel joven soñador, condenado por inmoral y por blasfemo y que antes de los cuatro lustros de existencia se había familiarizado con las obras de los sociólogos Vico, Herder, Rousseau, Volney y Cousin, llegó a París en la época de sus entusiasmos juveniles, no para entregarse a los placeres fáciles o a las vanas amistades de personajes célebres, sino para lo que consideraba su ideal de hombre de letras junto a sus maestros Lamennais, Michelet y Quinet.

"Salí de allí — de casa del filósofo bretón, cuenta Bilbao — como el profeta, amando a mis semejantes, pero indiferente al mundo. Mi alma renovada como en la esencia divina, en la contemplación del bien que quiero para todos, en el amor que deseo agrandar." (1)

Por una feliz casualidad. el maestro amado y admirado a la distancia, no quitó una ilusión al discípulo. En su modesta casa de la *rue* Tronchet iba a seguir guiándolo cual a menudo lo hiciera con proscriptos de Irlanda, de Polonia, de Italia despedazadas. "Como tipo representativo de sus admiradores o de sus entusiastas, sobre los que el viejo sacerdote ejerció una influencia durable, se puede citar a Francisco Bilbao. Vino a París en febrero de 1845, con el fervor

(1) Manuel Bilbao, "Vida de Francisco Bilbao", pág. XLIX.

de sus veintidós años por la civilización y por la literatura francesas... Desde su segunda conversación el abate enseñó a su discípulo el cristianismo nuevo y le dijo refiriéndose al clero: *el pasado ha muerto* y *no resucitará jamás*. Posteriormente, el maestro precavió al joven contra los desórdenes de la adolescencia. Una vez que Bilbao le preguntó si *la castidad era un deber moral o un precepto de higiene*, el viejo clérigo le respondió con tacto y como hombre experimentado que une a la indulgencia de las palabras la austeridad de los consejos: *haga ejercicios, evite el largo sueño, no esté nunca ocioso*. Luego su discurso se volvió suave y lleno de autoridad, su cara pareció ser la del mismo Cristo a los ojos de su oyente emocionado." (2) Sin juramentos y sin promesas, se selló entonces una amistad fiel hasta la muerte, ante la que se inclinó reconocido el último en sometérsele.

Desde Saint-Beuve y Scherer, hasta Brunetière y Faguet, pasando por Renán, los más grandes críticos franceses han considerado a Lamennais gran escritor y uno de los mejores estilistas de la lengua de Racine y de Molière. Eligió bien, pues, aquel que desde sus primeros trabajos literario-sociológicos se entusiasmó con las publicaciones de Lamennais y se propuso desarrollar sus teorías y aplicarlas a nuestra América. Nótase la influencia de las ideas y del estilo del maestro en párrafos como éste: "He aquí ese Nuevo Mundo que sólo ha dado dos veces en la historia. En la primera es mostrado a la humanidad, en la segunda es él que se muestra. Primeramente se ve a ese mundo y se le entierra, después se le ve enterrando a sus conquistadores. Nace, y afirma el equilibrio

(2) F. Duine, "Lamennais" (Sa vie, ses idées, ses ouvrages), pág. 335.

de la tierra; habla, y rejuvenece la esperanza de la humanidad en sus repúblicas. En su primer paso, extiende el mundo que pisamos; en el segundo, el mundo en que pensamos. Se le vió joven, flotando al viento del porvenir aparecer sobre la tierra como una evocación de la libertad, brillante de ilusiones, combatir como héroe y organizar repúblicas a los acentos del Contrato Social. Mas después de la victoria sintió entonces el combate interno del enemigo impregnado, sintió el peso del antiguo dominio que quedaba." (3) Sentencia de forma lamenesiana y síntesis exacta del estado en que se hallaban los espíritus cuando, tras el triunfo de nuestra Revolución, surgieron, por un lado, los caudillos y, por otro, la fuerza de la iglesia católica, reconocida como única posible en las constituciones de las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Y si, al fin y a la postre, la propaganda de Bilbao no triunfó siquiera en su propio país, como tampoco triunfara la de Lamennais en Francia, cabe reconocer que ambos, maestro y discípulo, contribuyeron de manera eficaz a formar la opinión pública, elemento principal de las sociedades modernas, base de todo núcleo que aspira a legislar para el mayor bien del mayor número. De las reformas sociales anunciadas y pregonadas por Lamennais, se han obtenido: el sufragio universal, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de la enseñanza y la libertad de conciencia, con la separación de la Iglesia y del Estado. No todo lo exigido por Bilbao se ha conquistado en Chile, en el que aquél reclamara en temprana hora la natural y sana ley del divorcio. Pero, sus ideas, no siempre originales, han hecho ya buen

(3) F. Bilbao, op. cit., pág. 76.

camino, especialmente en el Uruguay, donde Bilbao ha contado siempre con verdaderos admiradores. Su socialismo cristiano encontró adeptos en casi todas las repúblicas del Pacífico, cuando la falta de comunicaciones rápidas y la ignorancia de las poblaciones hacían difícil la divulgación de doctrinas avanzadas, un tanto envejecidas al presente.

Uno de los buenos maestros chilenos de Bilbao, Lastarria, traza de su compatriota una biografía que podría ser la de Lamennais, a quien acusan de veleidoso en sus opiniones los que no profundizan bien su obra, que fué un continuo desenvolvimiento lógico de su propio devenir. Escribe Lastarria: "Tenía un amor que lo dominaba, el del pueblo, cuya salvación y regeneración colocaba en la soberanía. Quería el soberano colectivo, administrando sus negocios, dominando; detestaba la individualidad como elemento disolvente. Tenía un odio que lo cegaba, el del despotismo, y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido y se irritaba contra toda opresión. Estos dos sentimientos resaltaban y lo dominaban en la época a que me refiero (1844), lo hacían aparecer enemigo de toda autoridad, sin embargo de que amaba el orden y deploraba los males de las rebeliones; como enemigo de la Religión, sin embargo, de que era profundamente religioso y amaba el Evangelio." (1)

En la hora en que la que "el hombrecillo casi imperceptible o, mejor, la llama que el viento de su propia inquietud movía de un extremo a otro de su cuarto", dejó de alumbrar a sus prosélitos, Bilbao andaba por el Ecuador, viniendo del Perú, del que un gobernante despótico, temeroso de la influencia moral

(1) M. Bilbao, op. cit., pág. XLI.

del propagandista, acababa de desterrarlo. Ambos, al verse ante la muerte, tuvieron la misma frase tranquila que el primero en pronunciarla legó, generoso, a su heredero de América: "Mis amigos — repitieron — estos son los bellos momentos." Y si bellos no fueron los últimos momentos del chileno, abatido por una terrible enfermedad incurable, bello fué siempre su gesto impregnado de entusiasmo y de socrática resignación.

HUGO D. BARBAGELATA.

París, octubre de 1922.

"EL NUNCA USADO MAR", de Emilio Oribe

I

Gustavo Kahn se preguntaba un día: "¿Qué es un verso?"; y a sí mismo respondióse, abriendo una amplia posibilidad para las equivocadas interpretaciones futuras: "C'est un arrêt simultané de la pensée...".

Es indudable que se evidenciaba una lamentable confusión al definir de tal modo al elemento formal de la poesía. Se explica bien que, por aquel entonces, pudiera comentar Verlaine, leyendo una composición en "verso libre": "En mi tiempo, esto se llamaba... prosa".

Frente a la invasión de las nuevas tendencias poéticas, revive el recuerdo de la frase verlainiana. Se impone en mayor grado usar de ella para marginar la lectura de los libros de versos con que se pretende aumentar el acervo intelectual hispanoamericano.

En la crítica a los desbordes de la poética novísima no me mueve otro móvil que el de la devoción por la Belleza. Hace tiempo que no comulgo con "las hostias envenenadas de la Academia". Por esto, al comentar la impresión de lectura producida por "El Nunca Usado Mar" del excelente poeta Emilio Oribe, voy a generalizar un poco sobre lo que — desde mi punto de vista — creo una equivocación lamentable, tras

cuyo sendero peligroso puede seguir la caravana de los iniciados que no atiendan al tiempo, factor de crítica definitiva por la decantación de los méritos intrínsecamente perdurables, revaluados sin cesar por las generaciones sucesivas.

No se esclaviza quien somete sus versos a lo imperativo de las formas, puesto que, en vasos viejos, puede escanciarse el vino nuevo. Supeditar nuestros versos a una conveniente disciplina rítmica, no es someterlos a una odiosa tiranía académica. Por sobre las leyes de los hombres está inmutable la armonía de la naturaleza. Quien intente violarla se perderá en el rodar del tiempo. Desde los más remotos orígenes, el verso y la prosa han limitado sus horizontes. Pero, abandonemos los lejanos antecedentes, y vengamos a los preclaros orígenes de la poesía modernista hispanoamericana.

Lugones proclama el verso libre como "la conquista de una libertad"; mas explica su actitud iconoclasta, aclarando con precisión que "los pretendidos versos sin rima, llamados *libres* por los retóricos españoles, no son tales versos".

Nervo canta su afán renovador en un libro augural:

"Ni preceptos, ni pragmáticas ni cánones ni leyes:
Nací esquivo, tú lo sabes, y ni doy ni exijo pauta".

No obstante, en "El estanque de los lotos", inicia su labor confesando:

"Estos versos, lector, (que son prosa rimada)".

¡Y Darío — "trompo de música", según la glosa de "Xenius" — no supo ser "muy siglo XVIII y muy moderno"?

Contra este triple ejemplo de los hermes americanos, se levantan los epígonos de la novísima literatu-

ra olvidando, claro es, que se puede respetar los "números" clásicos sin dejar de ser renovador y revolucionario.

II

Remy de Gourmont, — de cuyo eclecticismo no es posible dudar, ya que él mismo supo ser clásico y moderno con igual perfección — sostiene en "Le livre des Masques", que el ritmo del verso es independiente de la frase musical. Aclara más aún su concepto al historiar en "Esthétique de la langue française" el verso libre, cuando dice: "Mais on ne lit pas que par les yeux, on lit par les oreilles, on lit avec le souvenir de la parole et surtout les vers auxquels on demande des sensations musicales en même temps que des impressions sentimentales".

Es que la poesía, como forma, se exterioriza de dos modos; con ritmos regulares o persistentes, y entonces resulta el verso; o sin harmonía regular en los ritmos, y entonces resulta prosa. La característica esencial del verso es, por tanto, como lo ha sostenido de un modo concluyente Augusto Ribalta, "la ordenación de los ritmos". (1) Estos ritmos corresponden a las ideas (fondo) y a la voz (forma), y no ha de olvidarse que, en el verso, han de existir los dos, mientras que, para la prosa, basta con los segundos. Tal concepto nuevo del verso no contradice, desde luego, a los más exaltados propagandistas del verso libre, que no olvidan las lindes lógicas de la prosa y de la poesía. Así Lugones, a quien tengo que citar de nuevo por su eficacia, dice en el prólogo de su "Lunario sentimental": "El verso al cual denominamos

(1) "Boletín de la Real Academia Española". Tomo IX. Cuaderno XLI.

libre, y que desde luego no es el *blanco* o sin rima, llamado tal por los retóricos españoles, atiende principalmente al conjunto armónico de la estrofa, subordinándole el ritmo de cada miembro, y pretendiendo que así resulta aquella más variada". Y no se eche en olvido que "Lunario sentimental" es, en la obra poética de Lugones, una "clownería" por el estilo de las perpetradas posteriormente por el "gran don Ramón de las barbas de chivo".

Hasta aquí estamos muy lejos de aceptar aquella afirmación de Stéphane Mallarmé, que confunde la prosa con el verso, y que parece ser la divisa de las nuevas tendencias poéticas: "Toutes les fois qu'il y a effort au style, il y a versification".

Hay asuntos poéticos por sí, para los que el verso apenas tiene que dar su ritmo, a fin de realizar la poesía perfecta. En cambio, hay asuntos que, aunque se les revista de musicalidad, no lograrán lo que intrínsecamente no pueden revelar. Cuando intentamos romper con esta ley inmutable, hacemos el verso sin poesía interior, que constituye la exteriorización del "prosaísmo" que, si puede decorarse musicalizándolo, no se le evita agregándole un elemento que, por su naturaleza especial, rechaza.

Aún cuando no quiera, tengo, pues, que definir la nueva poética, como la irrupción del "prosaísmo", en la literatura hispanoamericana. Cabe, en consecuencia, destacar el peligro que amenaza a nuestras letras. (1) La facilidad misma del "método" permite que se sientan poetas quienes no han podido percibir aquel ritmo que Fray Luis definiera:

(1) Más ampliamente he estudiado esta afirmación en el número 42 de PEGASO. (V. "Las nuevas tendencias literarias".

"Y como se conoce
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera".

III

Conveníame establecer con la precisión un tanto dislocada a que obliga la necesaria síntesis, mi posición personal, antes de expresar mi juicio sobre "El Nunca Usado Mar".

Emilio Oribe es el poeta joven de más empuje en la nueva generación poética uruguaya. Destacar sus méritos o señalar sus defectos, es casi tanto como hacer el proceso de la poesía actual en la República. Partió en su peregrinaje desde la "Torre de los panoramas", y anunció su primer vuelo con un libro, eliminado ahora de la lista de sus libros, "Alucinaciones de belleza". El influjo morboso del Herrera y Reissig de las "eglogánimas" y de las "enfocordias", absorbía el mérito de aquellos sonetos primigenios. Vino luego el vuelo inseguro con la revelación de la fuerza de las alas. Apareció "El castillo interior". Más tarde, ampliando las perspectivas de sus primeras ascensiones, surgió "El Halconero Astral". Ahora, como síntesis de los dos libros precitados, y aún como culminación de su labor poética hasta lo presente, pública "El Nunca Usado Mar". Cantos amorosos, (El libro de Maruja), descripciones de mar, de

tierra y de cielo, (La gracia del aire y del mar), polifonía bárbara del pampero, (Oda heroica al viento de las Pampas), y reminiscencias e intimidades, (El niño desnudo), componen este nuevo libro, con el que Oribe intenta irse del divino coro porque:

"Es más bello cantar solo y sin rumbo".

Quien como el autor de "El Nunca Usado Mar" puede escribir sonetos como los que integran la mayor parte de "El libro de Maruja", y persistir en los endecasílabos perfectos de la "Oda heroica", revela, a todas luces, que conoce a fondo las dificultades del ritmo y está habituado a orillar sus sirtes. No va, por tanto, contra Oribe mi acusación de ignorancia de las leyes rítmicas; pero va sí, mi lamentación por que suele olvidarlas — de intento, lo reconozco — en muchas de las páginas de su manojo de estrofas.

Cabría formularle la misma observación que ha poco, un joven crítico, Suárez Calimano, hacíale desde las páginas de "Nosotros" a ese otro buen poeta nuestro, Fernán Silva Valdés: "Los poetas de ahora han desechado los metros y formas clásicas, con furor y unanimidad singulares; pero, en cambio no han creado, para sustituirlos, nada que iguale en armonía y bellezas a los viejos moldes en que fueron dichas las inquietudes de tantas almas".

Es claro que, en lo que respecta a Emilio Oribe, la censura se atenúa por cuanto en su "Oda heroica al viento de las Pampas", que es lo más hermoso del libro, intenta crear una forma original. Se trata de un procedimiento de música wagneriana aplicado a la poesía: un "leit-motiv" invariable que iniciado a poco de comenzar la oda persiste hasta el final, mientras los versos, armónicos unas veces, disonantes otras, intentan dar interpolándose, con expresiva

fuerza, la sensación del viento formidable. Es una acertada combinación con la que el poeta alcanza su máxima gallardía y su más feliz originalidad. Como un redoblante los endecasílabos dactílicos disipan con su repetición regular, la desarmonía de los versos sueltos y, en el conjunto, fórmase por tal motivo, una amplia sinfonía. Aquel verso que Darío glorificara en su "Pórtico", no desmerece en Emilio Oribe el preclaro antecedente. Todo el estupendo espectáculo del viento desmelenado que va por valles y sobre sierras, prodigando sus polifonías, repercute en los versos blancos. La majestuosidad solemne de la naturaleza impasible golpea en el martilleo trisilábico de los finales de anapésticos. Oribe logra cantar el viento con sobria rudeza y con no común armonía.

La visión del mar, de las costas, de los rincones europeos y las reminiscencias, desde la lejanía, del solar bienamado influyeron grandemente en "El Nunca Usado Mar" uultiplicando sus horizontes.

Quedan aún en el libro resabios de "El Halconero Astral" y de "El Castillo Interior". Así repite los temas prosaicos o da formas materiales de verso a lo que no quiso poner ritmo, ni aún asonancias interiores, con lo que la disonancia se agrava más.

Con todo, no faltan las formas rítmicas que hacen pensar en la posibilidad de que Oribe cambie de orientación, en cuanto a la forma, ya que tiene todos los altos dones de un verdadero poeta. "Villancico del abejar", "La estrella polar", "El muchacho y el trompo", para citar sólo tres composiciones, disparres en forma y fondo, demuestran como Oribe será un gran poeta cuando levante el oído de la tierra y atienda a una perfecta conciliación entre las armonías de lo que está alma adentro y los rumores de lo exterior:

"Aquí me he colocado
con el oído junto al llanto inmenso,
para oir los tropeles que se anuncian
más allá de los nuevos horizontes".

Oribe, Casaravilla Lemos y Silva Valdés, son de los poetas jóvenes del Uruguay, los tres que marchan con paso más firme y con la antorcha más alta; pero, de los tres, Oribe es el que lleva más impulso, el que tiene más cultura y a él ha de corresponderle en la cosecha de futuro, la corona de frescas rosas o el laurel glorificador.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres, noviembre de 1922.

S. P. Q. R.

VENI, VIDI, VICI

El calvo César vela, insomne y pensativo.
Las Legiones descansan tras el rudo trabajo.
(Con un hipo afanoso, un Bárbaro cautivo
se desangra, partida la garganta de un tajo.)

Un Centurión cobrizo piensa en el lar nativo,
sentado junto al fuego, comiendo pan y ajo
(Y la Loba de bronce frunció el hocico, al vivo
olor de sangre fresca que llegó de allá abajo.)

De vez en cuando gime y se agita un herido.
Lloran las hembras, lejos, con salvaje alarido,
a los Guerreros muertos, blancos bajo la luna;

mientras al tardo paso de diez yuntas de bueyes,
se pierden las chirriantes carretas de los Reyes
venidos, en la noche glacial, una por una...

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Roma, 1922.

EL CONTRABANDISTA

(Cuento)

No obstante rarezas que todos conocían, dentro de su corta familia, Liborio fué el hombre cuya opinión pesó más. Poco importaba que anduviese la mayor parte del tiempo solo, errante, en ocasiones fugitivo. Sus hermanos y, sobre todo Elías, el menor, respetaron tanto al nómada, que poníanle al corriente de sus planes más íntimos, subordinando su modo de entender las cosas al criterio lento y agudo del mayor. ¡Liborio, aquel sí que era un hombre! Anduvo en las revoluciones y fué asistente del "general" por antonomasia, de Aparicio, el "gaucho lindo" cuya guapeza habían cantado todos los payadores de la áspera tierra uruguaya.

Aparicio le dió aquel largo machete que escondía entre los cojinillos del recado "campero", adquirido en Bagé, para blandirlo sólo en instantes de supremo peligro. ¡Qué Liborio! Dispuesto y liberal que había que verlo. Sabía escribir su nombre en los recibos y era capaz de llevar la suma más complicada ayudándose con tarjas. Pero... ¡que no le hablasen de trabajo metódico! Sólo en la adolescencia fué peón mensual en "Los Cardales". Antes de que le saliera bigote ya había dejado su "conchavo", para irse con la revolución, detrás del poncho blanco de Saravia. De ahí por delante, en épocas de paz, ya no fué sino contrabandista.

—¡Y pa qué v'andar uno pasando trabajos por esas estancias!—decía.

Mas los trabajos, en la arriesgada profesión "libre", eran infinitamente mayores, sin poder cabecear hasta la mañana, porque de noche, el contrabandista, "una perdiz que vuele en el campo hay qu'atenderla". No es que las autoridades velasen mucho en aquel tiempo. Por unas cuantas libras se compraban guardas y comisarios desde el dilatado Río Grande, en el Brasil, hasta los profusos montes de Treinta y Tres o las sierras pintorescas de Minas. Sucedía que, con el acicate de las "coimas", no quedaba policiano que no aspirase a cobrar. Y las ganancias del contrabando íbanse así, como se escapa el trigo cuando se acarrean bolsas mal cosidas.

El secreto estaba en "arrecostarse" a pocos, a los que por su actividad y "celo" era más posible que pudieran salir. Si el comisario aparecía dormilón y el subcomisario despierto, a éste sólo fuera preciso comprar. En cuanto a los aduaneros, la cosa fué siempre más fácil, pues saliendo con la carga — tabaco, caña, azúcar, yerba y fariña (a veces tabaco y caña simplemente), — de determinados establecimientos del Brasil, que les pagaban subvención, no había el peligro de un molesto encuentro en la frontera.

¡Eran de ver individuos que entraban a servir en la policía con "zuecos de carnero" y una bombacha remendada, deslumbrando por esos caminos a los pocos meses, al "coloriarles" la plata y el oro del recado!...

No obstante la merma que en sus ganancias "contrabanderiles" originaba, con sus venales exigencias, la autoridad, Liborio — que constituía la admiración de la familia con aquella bizarra vida independiente — "A mi naides me manda. ¡Yo soy libre, compadre!" —, a pesar de las exigencias venales de la autoridad, se repite, Liborio llegó a tener, suyos, unos

cuantos centenares de pesos. No había sobrino que no se hubiera comprado su buena golilla celeste con las tintineantes monedas del tío contrabandista.

Y el polo apuesto de este intrépido carácter fué Elías, taciturno y consecuente, con esa terca tenacidad dolorosa de las bestias de labor. Se había quedado con la chacra del suegro y la cultivaba sin desmayo. Liborio se le reía:

—¡Pero amigo, qu'ha salido embromao!... L'agrecoltura es una cosa que Dios ha tráido pa los gringos que comen puros yuyos, lo mesmito que las vacas.

Y él iba a la chacrita, se apoderaba del cordero más gordo que había en los rastrojales y le "metía cuchillo", no sin desprenderse antes, en obsequio al hermano y la progenie, de una libra esterlina. Esa noche todos se hartaban de carne. En años malos, de plagas, de exceso de lluvias, de sequías, los hijos del chacarero hubiesen fenecido de debilidad a no intervenir providencial la diestra munificente del tío Liborio.

—¡Es enútil, hermanito! D'un pedazo chico e tierra naides puede vivir. ¿No ha visto los estancieros como le dan dos cuadras a cada vaca?

Por eso él, para su vida, había buscado la zona entera. Leguas y más leguas que cruzaba de noche con sus caballos, despierto el ojo, pronta la mano y bien templado el corazón. Tuvo episodios emocionantes, más dramáticos que aquellas escaramuzas astutas de la guerra. A veces ponían comisarios con órdenes terminantes de jefes inabordables y era preciso jugarse la vida. Venía el tomar precauciones; el reunirse tres o cuatro compañeros de aventuras; el limpiar las armas con esmero; el pasarse los días dentro de un monte abrupto o entre pajonales espesos, a la espera de una ocasión favorable.

En noches de luna, Liborio se había tiroteado con la policía una veintena de veces. Otras noches, la nie-

bla fué su aliado y confió más en ella que en los tiros para escapar. Hubo un día que vió caer al mejor compañero con el vientre atravesado y, a pedido de la víctima, que repugnaba quedarse con vida en manos de la autoridad, tuvo que degollarlo...

Liborio perdió esa noche todo su capital, incautándose el comisario de los ocho "cargueros" (1) que iban bien "enrabados" (2).

—¡Con el contrabando apeligra la vida! — le reprochaba Elías, después que conoció ese episodio.

—¡Y que m'importa!... — fué siempre la befa cordial del mayor — El andar apeligrando la vida es cosa e criollos, y la sementera e gringos... ¿Qué querés, hermanito?

Eran dos temperamentos distintos y si discutían sobre el particular mal podíanse entender.

Así fué pasando el tiempo; los dos hermanos envejecían y el menor vió algunos de sus hijos, aunque pequeños, secundándole en la labor. Con tres o cuatro buenas cosechas de maíz, hasta pudo ensanchar un poco su campito. ¡Le ayudaba Dios! Coincidía el bienestar del chacarero con la decadencia de Liborio. Los tiempos cambiaban. El contrabando era difícil. Ya no resultaba posible "taparle un ojo" a la autoridad con una esterlina, ahora había que "enceguecer" con libras a todos los guardias civiles del contorno.

—¡Es una gente ladrona que ahura viene d'adrento (3)! ¡And'hay rango hay mugre!...

Pálido y enjuto, con la salud quebrantada por aquella vida de emociones, rigurosa y anormal, Liborio ahora se sentía cobarde.

—¡Cómo se amaula un hombre!—suspiraba nostálgico.—¡Si parece hasta mentira!

(1) Los caballos que llevan en sus lomos el contrabando.
(2) El uno atado por el bozal a la cola del otro.
(3) Adentro, para el paisano es la ciudad.

"Por tres veces" había rodado del matungo. Y aquel hombre guapo de otro tiempo, notándose sin ánimo ni energías, advirtió que sus ojos se le llenaban de lágrimas, como después de una claudicación. Entonces pensó, ya que no en el trabajo metódico, en juntar doscientos pesos, para adquirir otro pedacito de tierra, que su hermano cultivaría. En esa forma él, que iba a vivir en lo sucesivo con "su gente", era menos gravoso.

Eligió entre la clientela, dejando a los comerciantes y quedándose con estancieros, que le compraban latas de medio kilo, sin discutir mucho el precio; hizo por aproximarse a comisarios benévolos, que le permitieron circular, más por compasión que ante el débil halago de una "coima" mezquina. Así fué haciéndose de su "ponchadita" de pesos. El capital de Liborio iba engrosando poco a poco.

—¡Si diera un golpe rigularcito! — dijo sintiendo que renacía la ambición en su pecho.

La vejez llegaba: unos dolores reumáticos que no lo iban a dejar hacer nada en el invierno...

Era por Enero: los campos amarillos y pastosos, fulgían bajo el sol como si todo el contorno, suavemente ondulado, sin árboles, fuera un trigal inmenso. Elías iba tras de los bueyes, a los que hostilizaban nubes de tábanos y enjambres de moscas bravas.

—¡Hasta cuándo v'a durar la sabandija!...

Liborio miró al hermano sin balbucir palabra. Sus dolores reumáticos lo pusieron muy triste. ¡Adiós libertad, vida aventurera, abundancia, emociones!... En vez de los jugosos churrascos, la mazamorra dulzona y esos "yuyos" hervidos en el puchero, indignos de un criollo!... Impulsos tuvo de deshacer el negocio con aquel "gringo bobo" que, por culpa de una hija enferma, había resuelto irse a la capital y le entregaba su chacra a cambio de una suma que Liborio había pensado obtener.

Pero vió a comadre Sofía, la mujer de su hermano, pacífica, cariñosa, tan hábil en aquello de curar dolores con "fletaciones e grasa e lagarto", y comprendió que junto a la pobre familia estaba ya su asilo.

Ensayaría un golpe osado, a fin de triplicar de una sola vez los ingresos.

—¡No m'arrecuesto en naides!... ¡Ahurita lo que gane pa mí solito ha'e ser!...

Estuvo una semana emboscado en las márgenes del Cebollatí, a fin de que los guardiaciviles le perdieran la pista, y se fué a Pelotas, donde hizo un "negocio machazo". ¡Dos bolsas de "bayano"! Las puso a lomos de la yegüita que servíale de carguero y entró de nuevo en la tierra uruguaya. ¡Qué de sobresaltos, de angustias!... Al principio las noches de luna le impedían avanzar, pues con tan lindo tiempo, los "milicos" debían recorrer todos los caminos reales. Dejó atrás el rincón de Quebracho, sobreviniendo lluvias muy copiosas, que le calaron hasta los huesos.

—¡Esto ya no es pa mí!

Y se mordía los labios fieramente, con un dolor sordo y tenaz en las articulaciones.

—¡Es qu'estoy acobardao! También... ¡si vendo áhura como quiero!...

Ya muy tarde, esa noche, cayó en la casa del hermano:

—¿No t'habrú visto alguno?

—¡Naides solutamente, hermanito!

A la otra noche fuese para Treinta y Tres con sus dos fardos de tabaco. Cambió de caballo y se puso el poncho grueso del hermano. Diez horas antes, en pleno día, había hecho la venta de su carga a un comerciante del pueblo, quien le pidió rebaja, pero como él, Liborio, resistiera hábil, el otro tuvo que ceder.

—¡Doscientos cincuenta pesos, hermanito!—se ufanaba ante Elías.

Con muy viva emoción, éste lo vió salir aquella noche.

—¡A ver si tiene suerte!

—¿Y cómo no voy'a tener suerte? ¡Ahura ando tan amolao! ¡Dios ayuda al que no sirve!

Marchó por la calle, cruzó la vía y, apretando hábilmente los alambrados, cortó por unos potreros de la costa. Vivía un instante optimista, pero iba triste, evocando la figura vigorosa de aquellos gauchos que hacían rodar un caballo tirándole las boleadoras al galope, que domaban un potro y pialaban un toro, pero que habrían tenido vergüenza de ganarse la vida metiendo en la tierra una cabeza de ajo.

De pronto, en la foscura de la noche, a las puertas del pueblo, le estremeció una voz:

—¡Viejo amolao, no sea busador!... ¡Ya'está busando mucho! Güelvase pa dond'ha venido y deje ese carguero suelto si no quiere que le mené bala.

Liborio comprende que es su cliente, el almacenero a quien vió de mañana, el que lo ha debido vender. La luna sale tras unas nubes de ópalo y Liborio ve al aduanero que, metido hasta el pecho en una zanja, le apunta con el rémington. ¡No lo puede pelear! Una mano que mueva y el otro lo asesina. Liborio implora por primera vez:

—Soy... un hombre enfermo...

Y hasta llega a mentir opinión política en presencia del verdugo:

—Vea, amigo... ¡está hablando con un colorao!...

—¡Le digo que se dé güelta! — ruge el otro descompuesto.

Y Liborio:

—Si quiere, repartimo... Yo le dejo la mitá pa usté...

—¡La mitá el corazón le voy'a sacar d'un tiro!

¡Efectista la bravata! Se desconoce Liborio, pues

¡Ha desaparecido el hombre valiente que tenía dentro, para dejar lugar a un perro viejo en quien sólo puede su instinto de conservación.

La luna, que ahora luce purísima, parece mofarse del miedo de aquel indio.

—¡Y güeno! — balbuce lloroso. — ¡Quédese no más con todo!... El gobierno le v'agradecer que le saque el pan e la boca'un viejo!

—¡Es pa que usté no s'ande busando!... ¡Pa que aprienda!...

Diez minutos más tarde, el guarda está en el almacén, cobrando ochenta pesos por el tabaco.

—¡Todos modos!—resistió el comerciante.—¡Yo juí quien lo denuncié!

. . . . . .

Cuando Liborio llega al rancho de la familia, la cuñada y los sobrinos se le prenden entre convulsiones:

—¡Ta por morir!

—¿Por morir Elías, a quien dejó perfectamente aquella noche?... El chacarero ha salido de mañana en un carro cargado de herramientas. Eran trebejos que llevaba a Corrales, para hacerlos afilar. El camino muy malo y el carro sin elásticos, en un barquinazo, a Elías le atravesó los intestinos la larga hoja de la guadaña...

—¡Si parece cosa e brujas!

El contrabandista, olvidado de sus males, monta a caballo y galopa rumbo al otro pueblo. En un rincón de la farmacia — primitiva farmacia que atiende un idórmeo—yace Elías sobre un catre temblón. Lo devora la fiebre; ya casi no tiene fuerza. ¡Se muere, se muere!...

—¡Deje el contrabando, hermanito!... ¡Mi chacra!... ¡los gurises!... ¿Qué v'a ser de ellos?... Anque sea... ¡cáso ese con mi mujer!

Pero Liborio no acepta, porque ni ha sido ni podrá resultar nunca agricultor, esclavo de la tierra. Comprende que es más pobre que nunca, pero los ánimos del fatalista renacen:

—¡Dios ayuda al que no sirve!

—Mis hijos... mi chacra... mi mujer...

Y la voz de Elías es más débil y trémula que nunca. Pero Liborio no cede. La sementera es una cosa indigna de criollos guapos.

—... mis hijos... mi mujer...

—¡Dios v'ayudar a túitos. Como la viuda tiene campo suyo... ¡un gringo vivo no le puede faltar!...

Y los dos hermanos se abrazan, conformes con la perspectiva, mientras el sol, áureo y madruguero, arranca vivos destellos a las ventanas encristaladas del pueblito.

VICENTE A. SALAVERRI.

"LA RAZA DE CAIN"

Novela de Carlos Reyles

Fragmento de una conferencia pronunciada en el Ateneo del Uruguay el 19 de setiembre del corriente año, inaugurando el ciclo de conferencias del Ateneo de Juventud Uruguaya.

Libro doloroso lo ha llamado su autor, y en verdad que merece tal calificativo. La Raza de Caín! perseguida por una eterna maldición; pobres seres que pasan por la vida como fugaces fantasmas de dolor, sin despertar una simpatía, sin encontrar regazo protector que acoja su inmensa desventura, el alma embargada por el desaliento opresor de un destino adverso! Raza oprimida, raza vencida, debe soportar toda una vida de resignación, toda una existencia destinada al martirio, por una maldición cruel de un dios incapaz de perdonar! Seres nacidos para sufrir, espíritus desorbitados que no alcanzan a comprender su desventura, intentan rebelarse contra los escarnios que a diario les ofrece la existencia, sin sospechar que su destino es triste, que son eternos condenados a una vida miserable que en vano pretenden rechazar. Oh la Raza de Caín! Es inútil luchar; desde la cuna traen el estigma de la culpa de su antepasado, y ese delito debe ser purgado hasta las últimas generaciones!

En la novela de Reyles, esos seres malditos, que no tienen derecho a querer, porque antes de intentarlo deben desechar sus aspiraciones, porque tampoco pueden aspirar, actúan en la vida con el agravante de

que tanto Guzmán, como Cacio y Menchaca, son viles, cobardes, degenerados, productos inferiores de esa raza maldita, que concluyen por aceptar de lleno las renunciaciones de una vida sin objeto, pues en cierto momento, carecen de valor para borrar lo que es escarnio, lo que constituye la mancha, la maldición de la "Raza de Caín". Rehusan tomar la realidad de frente, como los hombres de corazón, atentos a colmar aspiraciones secundarias. Como Cacio, incapaz de rebelarse ante la realidad de su deshonra, no atreviéndose a abofetear a Arturo; primero, porque le teme, y segundo, porque cree que con ello ganará más pronto el corazón de Laura. Como Guzmán, que no se suicida por cobardía luego de haberle dado muerte a su amante, esa Taciturna digna de mejor suerte! Como Menchaca, engañado por Ana, que cuando ésta le escupe en pleno rostro el epíteto cruel que encarna su deshonra, no acierta a castigar la afrenta, sino que cae de rodillas implorando perdón a la que lo ha colmado de vergüenza, y que en su impudicia, aún se atreve a apostrofarle! Hay demasiado miseria, no podemos aceptar tanta bajeza! Reyles ha extremado la nota, y nos presenta seres viles, que se atreven a afrontar las vicisitudes de su miserable existencia, hasta donde se lo permite la comodidad!

Ese estado de espíritu de eternos incomprendidos que adoptan los personajes de Reyles, ya lo había tratado Chateaubriand, aunque atenuado por el romanticismo de la época. En la vida, encontramos a diario más Renatos que Cacios o Guzmanes; porque el personaje que para Chateaubriand encarnaba lo que se llamó "mal del siglo", no es propio de aquella época, sino que es un producto de todos los tiempos, aunque diferenciado por los caracteres dominantes de los mismos.

En su obra, Reyles ha pretendido algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, y ha creado una novela psicológica de alto fuste, quizás lo mejor en su género que se ha escrito entre nosotros. Guzmán, Cacio y Menchaca, encarnan análogos estados de espíritu. No obstante, se diferencian en proporción a su distinto grado de cultura. Guzmán, espíritu refinado, "que también tenía o había tenido sus puntas y ribetes de escritor", "realizaba el tipo perfecto de la medianía criolla". "Leyendo y viajando habíase dado una cultura variadísima, que lo refinó más de la cuenta, hasta el extremo de convertirlo en un ser exótico y en una preciosura de la sensibilidad humana muy curiosa, pero sin aplicación posible en un medio de pura actividad comercial, hostil a las blanduras y a los refinamientos de las civilizaciones muy adelantadas".

Producto exótico de un medio extraño, no hallaba encaje en la tranquila sociedad con quien convivía. La costumbre de raciocinar sobre todo y ante todo, lo convirtió en un analizador tenaz "de propias y ajenas sensaciones". Espíritu desorbitado, sumido siempre en un mar de dudas, era un extraño conglomerado "de los retazos de muchas civilizaciones".

El "tipo" de Guzmán ya había sido analizado por Reyles en su novelita "El Extraño", quizás mejor que en "La Raza de Caín". En esta última obra encontramos un Guzmán más misántropo: terriblemente egoísta, sus palabras tienen más hiel, es menos humano que el otro Guzmán, también desorbitado analizador de sensaciones, pero más hombre... tiene menos de Cacio!

Cacio, de origen humilde, hijo de unos pacíficos y aburguesados "gringos", propietarios de una pequeña casa de comercio, al ilustrarse, reniega de su pobre cuna, y su espíritu, envenenado por las descortesías

que él cree se le prodigan debido a la causa apuntada, quiere reaccionar; pero como en toda alma enferma, la reacción, en lugar de ser beneficiosa, da frutos malsanos. Cacio se vuelve calculador, egoísta, frívolo y, lo que es peor, hipócrita y malo. Los Crooker, acaudalados estancieros del lugar, son para él, constante baldón de su humildad e insignificancia. Representantes de la "aristocracia" campesina, poseedores de una gran fortuna acumulada tras de luengos años de trabajo, presentan todas las características del tipo sajón, laborioso y emprendedor, forjado en la noble fragua del esfuerzo constante. Respetados y queridos por todas las gentes de la comarca, son frecuentes las obras de caridad que prodigan sin ostentación alguna! Don Pedro, el mayor de los Crooker, encarna a perfección el tipo de su raza. Antítesis de Cacio, lo mismo que su hijo Arturo, no podía ser soportado por el incipiente filósofo, que por otra parte no atinaba más que a respetarlo. Cacio atribuía todo su egoísmo, toda esa dosis de ruindad que como flores del mal germinaban en su alma, a las constantes humillaciones que otrora le hiciera sufrir Arturo, el heredero de la fortuna millonaria de los Crooker: primero en la escuela, y luego en toda ocasión propicia, en que el pobre diablo de Cacio vertió abundantes lágrimas de humillación e impotencia. Buena es la explicación, pero no convence. Es que las bajas pasiones alentaban de antaño en el alma de Cacio, y las humoradas de Arturo, fueron acicate potente para remover el gran fuégo que perentoriamente ocultaran protectoras cenizas.

Como digno complemento de los dos personajes ya examinados, tenemos a Menchaca, un "producto legítimo de la civilización inferior y grosera de los pue-

blos de campo", que "participaba de todos los prejuicios, y comulgaba con todos los lugares comunes. Y no acertaba a salir jamás de los limitados horizontes en que lo aprisionaban las nieblas espesas de lo trillado y vulgar." ¿No es acaso este Menchaca un ente soberanamente ridículo? ¿Puede inspirar simpatía un hombre que paulatinamente llega a perder las más elementales nociones del honor y de la vergüenza? Evidentemente no. Personajes de este jaez, no pueden hallar eco amable en nuestro espíritu. Obra realista, en este caso se ha apartado algo de lo "real": en la vida encontramos solamente por excepción Cacios, Guzmanes y Menchacas. Lo que vemos a diario son cuatro botarates o "poseurs", que adoptan esa actitud de incomprendidos para "epatar" a los idiotas que les sirven de satélites.

La crítica ha creído reconocer a Reyles en algunos personajes de sus obras. Se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Guzmán. Aceptaríamos de buen grado el presunto parentesco espiritual entre Reyles y Guzmán, si los caracteres del autor se hallaran de acuerdo con los rasgos dominantes del personaje. Nada más encontrado que el carácter de Reyles, voluntarioso y soberbio, y el abúlico Guzmán de "La Raza de Caín", que no halla placer en nada y todo lo mira con un eterno gesto de disgusto. Carlos Reyles, que ha expuesto su ideología de la fuerza, y ha cantado la metafísica del oro, llevando el culto del yo a su máxima consagración en "La Muerte del Cisne", tiene más de Crooker que de Guzmán. En efecto, Arturo Croker reproduce mejor la figura de Reyles que personaje alguno de "La Raza de Caín". Lo que ha hecho exagerar a algunos comentadores del autor de "Beba", ha sido la vida andariega que éste ha llevado siempre, y que lo hace aparecer a los ojos del mundo como un desorbitado, como Guzmán, como Cacio o Menchaca. La comparación con Guzmán tendría siquiera el fundamento de que algunas ideas de Reyles son puestas en boca de este personaje. Pero ese simple detalle no autoriza a afirmar rotundamente que Reyles se ha encarnado en un tipo completamente artificial, imaginario, como el Guzmán de su novela. Pero lo más grave es que se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Tocles. En efecto: Alberto Zum Felde, en su interesante estudio sobre el autor que comentamos, ha dicho que Reyles "ha exagerado cómicamente los rasgos hasta trazar su propia caricatura, como en Tocles" y luego: "Reyles proyecta en la obra el fantasma horrible o grotesco de su propia personalidad, ofreciéndose como una lección de experiencia". En este punto no estamos, ni podemos estar de acuerdo con Zum Felde. Es muy posible que el autor de "Crítica de la Literatura Uruguaya", al sostener que Reyles ha pretendido trazar su "propia caricatura", ignorase que, el autor, al crear el personaje que ha llamado Tocles, pretendió ridiculizar a uno de nuestros prestigiosos literatos, espíritu desorbitado, que no hallaba marco adecuado dentro del mundo literario en que le tocó actuar. En un principio, Tocles responde bien al "modelo", con sus "excelsas dudas y eternas inquietudes". Pero a medida que se acerca el desenlace de la novela, el acierto evidenciado hasta entonces al trazar esa figura, abandona al escritor, para darnos un Tocles burgués, que reconoce sus errores, y que en adelante desechará el pasado y se dará a vivir como el resto del mundo, pacíficamente.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).

EDUCACION

La vocación

Como mi educación se inició en una escuela francesa, de cuyo programa, la Historia Sagrada era materia elemental, una de las primeras adquisiciones de mi inteligencia, fué la noticia de que Dios se había visto obligado a castigar al hombre, por desobediente, y que al hacerlo, había exclamado, con voz cuyo sentido debía alcanzar a todas las generaciones que vivieran sobre la tierra; "¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente!"

De los muchos absurdos que se encierran en semejante fantasía, que a pesar de ellos, ha tenido consorcio con ideas avanzadas de muchos pueblos, durante largos siglos, recuerdo haber entendido uno espontáneamente y haberlo comentado con interés, a solas, mientras no sabía ni podía expresar bien mis protestas, comprendidas, más o menos, en las palabras siguientes: "Si los hombres no trabajaran ¿qué harían?

Cuando, siendo maestra, me creí capaz de emitir un juicio y con derecho a interpretar las tradiciones sagradas, pensando en el problema biológico y social que se quiso resolver con un cuento, discurrí de esta manera: Las cosas son a la inversa de como las pinta la Biblia. El trabajo es fuente de salud y alegría; todas nuestras aptitudes, nuestro organismo todo, están formados para él. Siempre somos felices cuando

estamos en actividad, respondiendo al fin que nuestras aspiraciones persiguen.

Comprendiendo bien, entonces, que la vida tiene inevitables penas, más dignas de ser consideradas como castigo, cuando se inventó la leyenda y que el trabajo es el único lenitivo eficaz de tales penas, me creí persuadida de que, si hay quien mira la actividad como una obligación dura, es porque no se consulta la disposición natural que cada uno trae al nacer, esto es: la vocación.

Entonces pensé que si los padres estudiaran a sus hijos y les permitieran actuar en aquello que responde a sus inclinaciones, todos los hombres serían felices; pero, como los padres se equivocan dando valor a las ocupaciones por el lucro que ven obtener en ellas y tratan de que el hijo se lance a la que creen mejor, aunque no sea capaz de desempeñarla, llegan como consecuencia del fracaso, la holgazanería, el vicio y sus calamidades consecuentes, para la humanidad.

Velando por el bien de la escuela, comprendiendo cuánto daño hacen los que no tienen las inclinaciones especiales que ella requiere, en un proyecto de Facultad de Pedagogía que presenté al Consejo Nacional de Enseñanza P. y Normal, en el año 1918, pedí que antes de admitir definitivamente como alumno a un aspirante a maestro, se pusieran a prueba sus disposiciones, a fin de que la carrera del Magisterio no fuera cursada por quienes carecen de vocación.

Para sostener mi tesis, entre otros argumentos, en el trabajo a que me refiero, digo lo siguiente:

"Aunque en el alma de cada mujer hay una madre, como dice con razón Martínez Sierra en "Canción de Cuna" y hay un padre en el alma de cada hombre, pues por naturaleza todos tenemos el instinto de educar, es indudable que para muchos, ese instinto no pasa de la paternidad.

. . . . . .

Esos hombres y esas mujeres podrán cumplir su misión de padres, si tienen hijos, porque indudablemente, serán capaces de soportar por los suyos lo que no pueden resistir de los ajenos. Ellos son los que, llegando a ejercer el profesorado, ven transcurrir como horas de martirio, las que pasan en la escuela; los que poco después de haber presentado certificados de buena salud expedidos en regla, gravan indebidamente el presupuesto con pedidos de licencia, perjudicando a los que en realidad la necesitan; ellos son los que pegan y dan tirones de oreja, ellos los que hieren al niño con el insulto; ellos en fin, los que llegan a la clase con el espíritu distraído por preocupaciones de afuera y hacen pagar a los inocentes discípulos, el mal humor de amarguras, que en caso de sentir vocación, mitigaría la escuela".

Pues bien: a pesar de estas manifestaciones que sigo sosteniendo, estoy cada día más persuadida de que eso de la vocación, no es muy fácil de averiguar y de que es por hoy casi imposible encontrarla oportunamente descubierta en una gran parte de seres humanos.

Hay niños bastante equilibrados, que, a pesar de tener típicas manifestaciones de individualidad bien reveladas, durante los años de la infancia no pueden señalar una especialidad.

Esos, los que no muestran preferencias que puedan constituir una vocación particular, bien estudiados, quizá sean los más.

Podemos asegurar que los medios de discernimiento de que dispone por hoy la pedagogía, sólo pueden formar en una clase estas tres categorías: la de los niños que destacan sin poder precisar un rumbo aunque pueda decirse en qué materia, lo que no es igual, porque los asuntos del programa están lejos, por sí

mismos, de señalar normas de vocación; los de medida regular, dispuestos al parecer, a entregarse sin brillo, pero sin resistencia, a cualquiera de las ocupaciones humanas y el de los reacios al cumplimiento del deber, los que evitan siempre el peso de una obligación.

Suelen salir especialistas en el desempeño de una labor, de cualquiera de los grupos, cuando nuevas aptitudes surgen con el desenvolvimiento físico-mental.

Mucho hay que estudiar en este sentido.

A la pedagogía del porvenir le está reservado ahondar, para conocer a qué causas obedece la existencia del grupo tercero y si de él procede la mayoría de los reacios al orden, de los descontentos de siempre, de los parásitos sociales y de los enfermos.

Yo he visto a estos elementos salir alguna vez del segundo grupo y aún del primero. En tales casos, los hombres son dañinos a la sociedad en la medida de las aptitudes que revelaron buenas, pues que emplean para el mal, la ilustración de su inteligencia

Nuestra atención de maestros debe fijarse principalmente en el hecho de que hay vocación para el trabajo en general, no la hay o hay un estado de plástica conformidad, a fin de indagar cuáles son las causas y proceder en consecuencia, relacionando siempre la actividad, con el sentido moral de la vida.

Una observación al parecer trivial decide a veces el orden de nuestros pensamientos, en forma que no lograron aclarar largas meditaciones.

La que voy a narrar, tuvo para mí el significado a que me refiero.

Me hallaba, no ha mucho, a la sombra de unos árboles, contemplando sin ser vista, el trabajo de un grupo de obreros, en la carretera que debía conducir al balneario de Carrasco y poco tardé en ver que allí

existían las tres categorías referidas tratando de la escuela.

Unos, firmes en la labor, con la pala, el mazo o la pica, iban y venían, golpeaban y golpeaban, sin levantar la cabeza hacia el cielo bellísimo que los cubría, ni siquiera para procurarse un descanso, de tiempo en tiempo. El ritmo de los golpes tenía para ellos suficientes pausas; casi no necesitaban más hasta que el pito, vibrando en los ecos de la playa, diera la orden de parar.

Otros, a menudo, después de algún diálogo que brotaba espontáneo por el recuerdo inquieto de la última tertulia, el apetito que empezaba a hacerse sentir, la larva encontrada, el perro paseante, un viajero a pie o a caballo, cualquier cosa, se alejaban del lugar del trabajo, para partir una sandía o prender fuego y tomar un matecito.

El tercer grupo lo constituían otros que no eran capaces de esa audacia, que tampoco sentían el escozor de a palabra en la garganta, pero sí, el placer de ver y oir lo que aquéllos hacían y decían. Se movían éstos al compás de la pica que golpeaba en el sitio de los activos, más de vez en cuando, erguían el cuerpo en actitud contemplativa, al acaso o fijando la atención, complacida, en los desbandados y después de unos minutos, continuaban el trabajo.

De pronto, los tres grupos se fundían en uno y en el ambiente se escuchaba tan sólo el rumor de las olas y el golpe de las picas, cuyo ritmo parecía reforzado. La misma idea, el mismo afán parecía mover todos los brazos. ¿Qué pasaba? Alguno de los que saboreaba mate, había divisado a lo lejos, al capataz que se acercaba.

Mientras éste recorría el camino en obra, todo era uniforme. Los hombres, en sus funciones, no se distinguían de la máquina aplanadora, cuya potencia se

sumaba al trabajo de las manos; pero apenas la silueta del capataz se achicaba en la perspectiva lejana, los tres grupos, poco a poco, volvían a formarse.

Como cada uno de nosotros concibe el exterior de acuerdo con su propia idiosincrasia y la esfera en que se desenvuelve su existencia, yo hube de pensar que aquellos hombres fueron niños y que los niños cuya educación está a mi cargo, irían al torrente de la acción, para ganar "el pan de cada día", unos a un lado, otros a otro, pero distribuídos probablemente, dondequiera que fueran, en uno de los tres grupos que veía formados, a los rayos del sol, en aquella carretera.

Hube de pensar que en todas partes hay quien trabaja sin sentir el peso de la obligación, inconsciente o consciente de la finalidad, pero con amor; quien espera la señal del reloj con impaciencia, para darle término y quien a ratos se dedica con gusto a la labor y a ratos, vaga con la imaginación por los reinos del ocio y dije para mí: ¿Es que estos, los que toman mate a hurtadillas, y aquellos, los que de vez en cuando miran algo que les permita divagar, trabajarían como los otros, con afán de hormigas, si se hubiera atendido en ellos la vocación? ¿Puede admitirse que alguien nazca con aptitudes especiales para ser aplanador o picapedrero?

Si esto fuera así, dondequiera que se hagan obras de la naturaleza que acabo de describir, la inferioridad humana estaría en el grupo de los resignados y tendrían dotes superiores, si no todos, gran parte de los demás.

Cambiando algunas palabras con obreros separados de cada una de las divisiones referidas, no tardaremos en observar que, entre los que aceptan, al parecer complacidos, la dura imposición del destino, los hay capaces y dignos de otro mejor.

La historia nos enseña que fueron hombres de esa calidad los que, sabiendo capitalizar ahorros, formaron la mayoría de las familias que en América, desde el Canadá hasta Patagonia, rivalizan por su brillante posición, en cultura o pretensiones, con la rancia aristocracia europea.

No es del caso llegar a comentarios de doctrina social, pues que miro la cuestión exclusivamente desde el punto de vista pedagógico.

Por eso hoy terminaré estas consideraciones, diciendo que a la escuela primaria conviene ante todo, hacer la averiguación de los motivos que determinan la apatía o el desgano para el trabajo en general.

Teniéndolas en cuenta y obrando sobre ellas como sea posible, se conocerá mejor, más adelante, todo lo que pueda referirse a la vocación.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

HISPANO-AMÉRICA

No se abre esta sección con mira presuntuosa.

Ningún prodigioso anhelo internacional nos mueve, pues siempre acude a nuestra mente la honda verdad contenida en las sencillas palabras de Remy de Gourmont "la humanidad es un archipiélago" y no pecamos de tan ilusos como para aguardar de nuestro esfuerzo un cambio que importaría quebrantar las normas del mecanismo universal.

Nada que trascienda a borrar fronteras, amalgamando civilizaciones. ¿Y entonces qué?

* * *

La vida robusta de PEGASO se nutre en la producción nacional.

Jamás fueron esquivas estas páginas hacia quienes, desde el exterior, le ofrendaron su simpatía, y tal cual vez, apareció alguna colaboración de las muchas, siempre gratamente recibidas. Mas si no hubo desdén, hubo afán de arrojar al surco nada más que simiente nuestra: ello no obedeció a planes egoístas ni siquiera preconcebidos: fué cosa tal como el atrevimiento del infante, que al ensayar sus andanzas desdeña auxilios, midiendo por instinto su potencia.

La colección de esta revista habla alto sobre el resultado del aventurado intento; ninguna llegó aquí a vida

tan resuelta y próspera, ninguna tuvo como ésta la activa amistad de literatos y hombres de ciencia, de políticos, de profesores, de todos, en fin.

* * *

Así probada su vitalidad, bizarra, satisfecha, la revista dilata su amistad, y abre esta sección bajo un título que se estampa no como límite arcifinio, sino como bien determinada aspiración de la simpatía que más nos place, y que buscamos...

Discurso en la inauguración de la Federación de Estudiantes de Venezuela

Queridos compañeros: :

...Y ahora en esta empresa mucho idealismo. Abandonar por ella un rato la novia, colgar de la viga más alta esa ironía barata, común por estas tierras, que destruye con un chiste malo las cosas más estéticas. Para llegar a la ironía es preciso haber vivido, haber sentido mucho, haberse embriagado con las grandes conquistas. Eironeia es diosa ateniense que sólo se da después del triunfo. No la vieron en las murallas de Troya ni en la tarde de Salamina. No la tenían los rudos hombres que son cedros, en la florestita de Homero. Vino a Grecia después que aquel pueblo formidable había buscado las fuentes del mundo en una selva de la India, en un sepulcro egipcio, entre los sacerdotes constelados de Persia. La ironía entonces es el vaso de agua, la mujer hermosa, el lecho muelle después de la jornada: es un cuento de abuelo que recorrió muchas tierras y rindió a cabo muchas empresas y ahora sobre las alegres qui-

meras de su mocedad tiende la risa como un manto de cascabeles, como un cantarino chorro de agua fresca. Sólo que el abuelo es Platón y el marco de la historia es un jardín de Atenas donde a la hora del crepúsculo, el mar — ese claro Mediterráneo de la Filosofía griega y de la gracia francesa y de la historia galante italiana — se junta en un solo y claro tono azul con el cielo.

Pero, ¿ironía nosotros? ¿Qué empresas realizamos para tener derecho a la ironía? ¡Cuántas cosas bellas se van con nuestros chistes malos! Cuando en estas buenas tardes de Caracas, buenas tardes de Primavera en que el sol relumbra sobre el Monte Avila como una custodia de oro viejo sembrada de pedrerías, surco ese mentidero de desocupados, de galanes jóvenes, de señoritos elegantes que es en Caracas la esquina de las Gradillas y veo la sonrisa idiota con que el caballerito empleado en un Banco ve pasar las cosas más graves y más serias: ve pasar esa cabeza blanca de anciano que acaso pensó para la patria bellas y hondas páginas, que acaso vió caer el invierno desde un pupitre duro de escuela formando hombres, que acaso erigió contra las zozobras de una sociedad de advenedizos un pétreo hogar antiguo; y veo la sonrisa con que este majagranzas de cincuenta pesos quiere destruir en mi patria lo que en mi patria queda de fuerte, de noble, de hermoso, me dan ganas de decirle: ¿Qué ha hecho usted, caballerito?

La patria tiene selvas, llanuras y montañas. ¿Ha talado usted esas selvas, ha sembrado esas llanuras y esas montañas? ¿Se ha tostado la frente de usted en el bochorno de un día llanero, persiguiendo reses bravas, sobre un potro salvaje, entre las matas donde acecha la cascabel, bajo inclemente sol de plomo? ¿Sobre esa cara de usted ha caído la ventisca del páramo, tostándola, agarrotados sus pies de frío, arrastrándolo el ventisquero? ¿No? Pues no sonría usted. Cada uno

de esos hombres de que usted sonríe significan una vida fuerte y plena. El "paltó" mal cortado de ese anciano dice más para la Estética y para la Justicia que esos moldecitos de París en que usted enreda su perfecta inutilidad y su ignorancia de señorito elegante. Y sólo los hombres que ha indomeñado la Naturaleza o las ideas, las entrañas de la tierra o los antros del cerebro son, señoritingo, los únicos que tienen derecho a las burlas. La ironía griega vino después de Maratón, Aristófanes es posterior a Temístocles...

Apartando las burlas y los chistes malos, a esta empresa debemos amamantarla con idealismo. Para controlar la civilización material que ha llegado a nuestro continente latino, que amenaza destruir los elementos típicos de nuestra vida nacional en un híbrido cosmopolitismo, la juventud de América debe representar la fuerza ideal sin la cual fábricas y ferrocarriles no son sino prendas cartaginesas. Idealismo, pero ¿cómo ha de ser nuestro idealismo? Porque sucede que cuando nuestro idealismo no ha tenido adarga de cartón y celada de hojalata, no ha sido el amor de la empresa descabellada y en el aire — los Molinos, con sus manteadas y apaleos como corolario humano y grotesco — se ha amparado y es peor porque es forma inmóvil, en la capa rota de Marcelo o Rodolfo, ha visto pasar los días lentos y grises, se ha gastado en un epigrama entre el corrillo de amigos, ha llegado a viejo y cuando le preguntaron dónde estaba el árbol, el hijo y el libro del proverbio, contestó que era un desinteresado, que iba al margen de la vida, que se detuvo en medio del camino a escuchar los pájaros del cielo, que era un idealista!

El idealismo y más en esta hora material pide acción. Un poder espiritual no será fuerte en realidad sino cuando se ofrezca poderosamente armado, cuando atesore una fuerza material con medios para contener a los enemigos de una manera efectiva, como el brahamán los contenía de un modo imaginativo por el terror — dice Teoctisto en los Diálogos Filosóficos de Renán (1). Pide abnegación y sacrificio: no es un camino alegre, bañado por la luna, donde se va el peregrino diciendo hermosos versos y entonando cálidas canciones, no le esperan a la vuelta del camino besos de amor: primero es el pan moreno y duro, primero el desierto reseco bajo un sol de estaño fundido, primero son los cofrades de la Santa Hermandad — los prejuicios, la lucha para que los ideales se impongan que nos salen al camino a mantearnos. "La abnegación es indispensable — vuelve a decir Renán por boca de Teoctisto. Un sabio — aquí donde dice Renán "un sabio" pudiéramos decir nosotros "un hombre de ideales"— es el resultado de la abnegación y de los sacrificios de dos o tres generaciones y representa una inmensa economía de vida y fuerza. El Redentor, el Mesías no puede nacer de un país dominado por el egoísmo y las bajas pasiones (2)". ¡Cuántas amarguras sufrió el Libertador para ver su Colombia! Entre sus epítetos conviene el de "Caballero de los tristes destinos" como al Quijote. ¿Cómo, me diréis, el Libertador, triste? ¿Después de una jornada de veinte leguas bajo el sol de los llanos, no bailaba el centauro diez horas seguidas, a la sombra de un caney de palmas, cálidos joropos de Venezuela, lánguidos bambucos de Nueva Granada, con nuestras morenas criollas de ojos rasgados? ¿El libertador, triste? ¿Y las salas de Lima pobladas de donce-

---

(1) Renán — Diálogos Filosóficos-Diálogo Tercero-Ensueño.

(2) Ibidem.

llas: ojinegras del Perú, limeñitas de las Crónicas coloniales de Ricardo Palma, descendientes de Virreyes y caballeros de Calatrava que atesoráis en el fondo de vuestros ojos todo el sol de aquella tierra caliente, todo el brillo de la Cruz del Sur en la clara noche de agosto, azul, inmóvil, mientras las resedás huelen a amor en los jardines, las bocas tienen ganas de besos y sopla un aire pesado, lento, lleno de invitaciones? ¿Y el ramo de rosas de Manuelita Sanz? ¿Y las rejas del Cuzco, de Arequipa, llenas de mujeres que le sonreían al pasar? ¿Y las enormes magnolias exóticas de la Quinta Magdalena que evocaban lejanas tierras de sol — China, Indochina —, los países maravillosos donde aún el amor está muy cerca de la muerte? ¿Y sobre los claustros coloniales de la quinta de Bogotá la alegría nupcial de los jazmines? Triste, muy triste, "triste hasta morir" nuestro Libertador. Besos de mujeres, cálidos valses, conversaciones frívolas y galantes en un salón de Lima — válvulas, puertas de escape por donde fluía su gran tristeza. Hay que verlo en Caracas en 1827 evocando entre los escombros de una ciudad derruída, de unas casas vacías, los recuerdos de su niñez: todo se ha ido. A este amigo de infancia se lo llevó la guerra cruel e implacable A aquella "gens" hidalga la aventó la borrasca a una roca de las Antillas. Gentes nuevas que no pueden darle el recuerdo que busca habitan a Caracas: — después de diez y siete años de afanes, negado por Piar, negado por Páez, negado por Mariño, negado por Riva Agüero, negado por Santander, negado por todos aquellos hombres que formó de la nada, ya no le queda al grande hombre sino abrir la ventanita de los tristes: el Recuerdo... Caracas ya no existe — dice a su tío don Esteban Palacios, y se le llenan los ojos de lágrimas porque decir aquel ¡Caracas no existe! es como decir no existe mi juventud, no existen mis sueños, no existen todas las cosas suaves y rosadas que me perfumaban la vida! Hay que verlo en Bogotá, en 1828, bajo los sauces melantólicos de su casa de campo llorando el parricidio frustrado. ¿Y todo aquel zumo de melancolía, y todo aquel resabio de lágrimas no brota a la boca en una noche de delirio, en Santa Marta: José, vámonos, vámonos que de aquí nos echan? Este es Edipo por los caminos de Colonna, es el Lear de la tragedia imprecando las rocas, es el grito de dolor más enorme que haya proferido nunca la boca de un Libertador...

Sólo sembrando lágrimas se recogen alegrías, compañeros, dicen los viejos sabios de la Biblia. Mar de tempestades es el que conduce a Thulé. El vellocino de oro lo guardan los dientes de los cancerberos. ¡Que no esté la raza tan empobrecida y decadente que no podamos acrisolar con amarguras — si acaso las amarguras nos visitan—este noble idealismo nuestro!

Queridos compañeros:

De Asociaciones como ésta, templadas a lento fuego de paciencia, no zozobrando con las contrariedades, han salido grandes cosas. Recordaréis que antes que la espada de Garibaldi viniese a libertar las conciencias de su patria de un yugo teológico de muchos siglos, le había precedido una calurosa palabras de precursor que era la de Mazzini y la de su "Jcoven Italia": que un grupo de juventud en los Estados Unidos entre el cual estaban Emerson y Canning, el "Club de los Trascendentalistas", realizó en una patria desunida una conciencia nacional, reformó con Horacio Mann la instrucción pública, limpió de simonías y vanas exteriorizaciones el severo culto puritano, pidió libertad para los esclavos antes que Lincoln: que la República Argentina de hoy que todos admiramos, que reta a los sociólogos como Le Bon que dice que "los latino-americanos somos ingobernables", es hija

legítima de la "Asociación de Mayo", se tejió con los veinte años de Domingo Faustino Sarmiento, con los veinte años de Juan Bautista Alberdi.

¡Que esta Asociación haga mucho para la patria! ¡Que en el corazón de cada uno de nosotros se agite un apóstol! ¡Que con nosotros no haya juventud de Cumaná, ni juventud de Maracaibo, ni juventud de Barquisimeto, sino una sola y vibrante juventud capaz de la acción y capaz del canto, de conquistar a Troya y de cantar la victoria en exámetros.

MARIANO PICÓN-SALAS.

HORAS

I

Un jilguero te anuncia en la ventana
con gárrulo pregón el nuevo día;
como un viento sutil y luminoso
se cuela el tibio sol por las rendijas;
y en tus brazos desnudos la modorra
se envuelve y se retuerce, serpentina...
Al descender del lecho presurosa,
te hace un pliegue indiscreto la camisa
que muestra en un alarde de blancura
la maravilla de tu pierna fina.
Abres el dique del postigo y entra
torrencial en tu alcoba el nuevo día:
¡inundación de luz! ¡incontenible
turbión de sol!
Y tiemblas de alegría
porque sientes bullir dentro de tu alma
el fuego omnipotente de la vida.

II

Mañanita de sol quiero beberla
con fruición despaciosa, sorbo a sorbo,
en la copa de esmalte de los cielos
como un vino caliente y generoso.
Mañanita de sol quiero cantarla
en la rama del árbol más florido,
tembloroso de alas como un pájaro,
rojo y abierto el armonioso pico.
Mañanita de sol, quiero morderla
como una fina lámina de vidrio,
áspera, triturarla entre los dientes,
y hacerla añicos...
Envolverme en la luz como en un velo,
bañarme en resplandor como en un lago,
y en un idilio rústico gozarla
como a una campesina entre los pastos.
Mañanita de sol, como un diamante,
desnuda y clara, mañanita buena,
me has puesto ansiosa de cantar el alma,
me has puesto ardientes de vivir las venas.
Quiero ser árbol para recogerte
en el múltiple seno de mi fronda;
quiero ser río para reflejarte
y llevarte, quebrada, entre mis hondas.
Mañanita de sol, por cada poro
te me has entrado y siento el corazón
todo oro, todo esplendoroso
como un pedazo de tu mismo sol...

III

Volvemos del paseo... En tenues copos
cae la sombra en el camino. Malva,
morado y rosa, con el vientre herido
la tarde lentamente se desangra.

El paisaje se esfuma en una honda
melancolía, cual si se borrara...
Las cosas que han perdido su contorno
y su color, apenas si son manchas.
Hora del "no se qué"; esta es la hora
de entristecernos sin saber la causa;
en que vuelan las almas vagabundas
y no tienen sentido las palabras.
Cuando juntos los dos por el camino
nos deslizamos como dos fantasmas,
como si hubiéramos vivido en otra
vida, otros afanes y otras ansias.
Hora de confundirnos con las cosas
y de las cosas mismas ser el alma,
de inmaterializarnos en la sombra,
y ser sólo dos sombras que se alargan.
Cuando la noche en la primera estrella
ha derramado la primera lágrima
y desciende al camino como un pájaro:
¡monstruoso pájaro de negras alas!

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

La Plata, 1922.

GLOSAS DEL MES

Conferenciantes

Si no temiéramos pecar de irreverentes o cosa mayor, pondríamos que nos abruman los gentiles conferenciantes, arribados con notable abundancia en los últimos tiempos.

Comenzaríamos, sí, por dejar inflarse nuestra vanidad, estimando esas visitas como significativas del concepto que merecemos a la Europa actual; pero el caso es que antes de la guerra ya anduvieron por acá los señores Clemenceau y Jaurés, hasta el señor France, los cuales, por más que no estuvieran muy informados sobre nosotros, ya eran personas considerables.

* * *

Humíllese nuestra vanidad, pero los conferenciantes vienen y van, sin dejar huella apreciable, ni elevar nuestro nivel intelectual. Economistas, filósofos de enmarañada plática, maestros en la ciencia que trata de las sociedades humanas, hombres que se saben de coro los más menudos sucesos de las épocas idas, militares, de todo, de todo hemos oído con golosina.

Es muy posible que en sus respectivos países tuviera oportunidad alguna idea superior o algún sentimiento profundo puesto de manifiesto entre nosotros;

mas una percepción inmediata no consiente saberlo; fuera menester oirlos en mayor intimidad, o con mayor frecuencia, para que sus palabras fecundaran realmente nuestra hospitalidad.

Esa incoherente y profusa avenida no fué solicitada.

Quisiéramos alejar toda sospecha de que no la necesitamos; pero nos resulta inadecuada al período actual de la evolución de nuestra cultura. Demasiado preñados de problemas andan los tiempos para dedicarnos, en el período embrionario que vive nuestra sociedad, a examinar esas dudas rezumadas por las civilizaciones viejas, para dedicarnos a cultivos forzados en nuestro huerto intelectual.

Las condiciones de la cultura son perfectamente humanas, condiciones físicas, por tanto invariables: habemos menester, pues, una progresión equilibrada en nuestros conocimientos, un ejercicio armónico de los resortes que afinan nuestras facultades.

Y no nos aprovechan, naturalmente, esas golosinas, de tribuna o de cátedra, buñuelos fascinantes de ubicuo acomodo, pues se emplean en todo clima intelectual, sin considerar las peculiaridades que determinan los estudios necesarios para cada ambiente.

* * *

Aunque el país sólo disfruta una cátedra de conferencias, que pueda llamarse de extensión, confiemos en ella.

La especialización de la enseñanza se expandirá cuando su fuerza virtual experimente la atracción de las masas; y si la enseñanza nuestra se recata u obstina en desvanecidas fórmulas, entonces cruzaremos las fronteras buscando cuanto haga falta.

Así nuestra cultura seguirá una progresión razonable.

Mientras, será bueno medir el error que comporta la fascinación de los conferenciantes, cuya palabra nos resulta exótica.

Aceptándola sin control, pecaremos de un dañoso histrionismo.

EMILIO SAMIEL.

BIBLIOGRAFICAS

Revista Histórica del Archivo y Museo Histórico. Julio-agosto-setiembre de 1922.—Montevideo.

Cuando la Dirección distribuyó la cosecha a examinar, nuestra curiosidad no cedió a la cortesía que imponía dejar llegar este volumen al redactor especializado en historia de los pueblos, que hubiera sido el camino natural; y argüimos valientemente el recuerdo de cierto episodio ocurrido en la Biblioteca Nacional de París al clasificar las "Histoires Naturelles" de Julio Renard. Vacilaba el especialista al catalogar, pero un gran humanista francés, cuyo nombre ya comienza a afirmarse en la inmortalidad, le respondió, sagaz y oportunamente, que dicho libro correspondía al grupo des chefs d'oeuvre, donde quedaron. Era el caso de la obra que abandona su delimitación originaria, remontándose al círculo del interés superior.

Por tal sistema nos abocamos el examen de la "Revista Histórica".

* * *

Era antigua conocida nuestra, pero entonces muy poco lisonjera. Abrir uno de sus volúmenes era hundirse en cualquiera de las pesadas partes cuya acumulación forma el vasto erial de las publicaciones oficiales, lamentable comarca donde sólo muy escasamente pueden espigar los espíritus libres, en busca de cultura; pues creemos, y con mayor seguridad en publicaciones de índole histórica, que la función expositiva debe ser complementada o trasfundida de manera bastante a realizar obra civilizadora.

* * *

Este es el caso para elogiar la revista de nuestro título. No es ya el apelmazamiento de materia histórica ofrecida sin interés ni método. Ahora es el volumen necesario al especialista en tales trabajos; pero es también el libro agradable para las gentes ávidas de cultura, que hallan material valioso y expuesto con discernimiento, haciendo más grato y llevadero "ese sombrío río de los muertos", como Michelet llamó a la historia.—E. S.